



EL ESCARAMUJO No. 121

EL ESTADO MEXICANO CONTRA SUS JÓVENES

Dos casos: el movimiento estudiantil de 1968 y la Noche de Iguala

(Primera Parte)

Ana Cristina Vázquez Carpizo
Otros Mundos Chiapas
11 de Octubre de 2023, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México
https://otrosmundoschiapas.org/

EL COMPLOT COMUNISTA CONTRA MÉXICO

La década de los sesenta fue, sin duda, uno de los momentos de mayor agitación del siglo XX. Si bien forma parte de las llamadas olas de protesta que se han dado a lo largo de la historia, la característica distintiva de este periodo es el protagonismo de los jóvenes a lo largo y ancho del planeta. El autoritarismo de la postguerra, fuera desde el 'mundo libre' o desde el bloque comunista, dejó una estela de inconformidad entre las nuevas generaciones que la fantasía del *american way of life* o la supuesta superioridad moral de los comunistas no pudieron revertir. De toda la década, destaca un año en particular: 1968. Desde movimientos estudiantiles[1], protestas contra el *establishment* y expresiones contraculturales[2] hasta manifestaciones antibelicistas[3], los jóvenes de

1 Fueron múltiples las movilizaciones estudiantiles, principalmente de universitarios, en diversos puntos del planeta. Destaca, sin embargo, por su nivel organizativo y de confrontación el llamado *Mayo Francés* (mayo-junio de 1968), que aglutinó los esfuerzos de jóvenes y obreros para enfrentar juntos al gobierno encabezado por Charles de Gaulle y el autoritarismo que representaba. Asimismo, es de justicia mencionar la llamada *Primavera de Praga*, el heroico movimiento ocurrido entre enero y agosto del mismo año en la hoy extinta Checoslovaquia contra la invasión soviética a ese país, en el que los jóvenes jugaron un papel decisivo.

2 En Occidente, la década de los cincuenta, es decir, la inmediata posterior a la guerra, fue la de imposición de un paradigma cultural basado en los valores y modos de vida de la sociedad estadounidense, el llamado *american way of life*. Idílico en extremo, este modelo de sociedad fue un producto directo de la guerra fría y, por tanto, profundamente conservador e intolerante. Y fue precisamente en su país de origen, los Estados Unidos, donde se dieron las manifestaciones contraculturales más influyentes para el resto de Occidente. Por un lado, la llamada *beat generation* (a veces traducida como la *generación abatida*), protagonizada por escritores (algunos no tan jóvenes) que tanto en sus estilos literarios (muy diversos entre sí) como en su vida personal marcaron un quiebre con el *establishment* a través d, entre otras cosas, la liberación sexual y el uso de drogas para alcanzar otro nivel de conciencia, decían. Son los llamados *beatniks*. Entre sus seguidores más fieles había algunos hombres y mujeres muy jóvenes que trataban de emular a sus ídolos en todo, principalmente en el uso de psicotrópicos. En la época, sobre todo a partir de la década de los sesenta, se popularizó una expresión para describir el estado adquirido con el consumo de sustancias (como la marihuana y el LSD), *to be on the hip* (estar en la cima, literalmente), o sea, estar 'colocado'. De ahí que los *beatniks*, viendo a sus jóvenes seguidores como una especie de hermanitos menores, se refirieran a ellos como *hippies*. A diferencia de los *beatniks*, que le dieron la vuelta a cualquier participación política, los *hippies* sí tuvieron un posicionamiento político muy claro en contra de la guerra de Vietnam y a favor de la paz. La versión mexicana de este movimiento fueron los llamados *jipitecas* (el término es del sacerdote y escritor Enrique Marroquín), quienes, además de la libertad sexual y el consumo de psicotrópicos, crearon la *Cultura de la Onda*. Con cabellos largos ellos y ellas, haciendo apología de la libertad en todos sentidos, los *jipitecas* sesenteros hicieron énfasis en figuras como Frida Kahlo y Diego Rivera y una revaloración de la vestimenta propia de los pueblos originarios (huipiles, huaraches, jorongos y sarapes) así como de las prendas de mezclilla, material reservado hasta entonces para la clase obrera, menospreciadas unas y otras por el racismo y clasismo característicos de las clases medias urbanas.

3 El caso más emblemático del antibelicismo del periodo es la guerra de Vietnam. La guerra estalló en 1955 entre Vietnam del Norte (comunista, con capital en Hanoi) y Vietnam del Sur (capitalista, con capital en Saigón) en el contexto de la *guerra fría* posterior a la II Guerra Mundial. Desde el inicio de la confrontación, los Estados Unidos apoyaron a Saigón con logística, entrenamiento, armas y municiones. En 1965, la confianza de que su evidente superioridad militar le aseguraba una victoria rápida. Los Estados Unidos

todo el planeta tomaron las calles para gritar consignas libertarias y para desafiar gobiernos que se creían inamovibles. México no fue la excepción.

Durante toda la década las expresiones estudiantiles fueron numerosas en todo el país.[4] Pero, sin duda, la más importante fue la de 1968. El movimiento estudiantil inició el 22 de julio de ese año con una pelea entre estudiantes de nivel medio superior en el barrio de Tlatelolco de la ciudad de México, duramente reprimida por la policía capitalina.[5] Cuatro días después, el 26 de julio, se organizó una manifestación de protesta, esta vez encabezada por estudiantes universitarios y politécnicos que asumieron como una afrenta personal las agresiones contra los miembros más jóvenes de sus respectivas comunidades. La respuesta de las autoridades fue de cerrazón e intransigencia pero aún no se veía lo peor.

Conforme pasaron los días y ante la inminente inauguración de los Juegos Olímpicos,[6] el nerviosismo del entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1979) aumentó; paulatinamente fue endureciendo su discurso y sus decisiones. Coreógrafo principal de una danza macabra desde todas las instancias represoras del Estado, Díaz Ordaz no hizo más que acomodar las piezas a su visión de la realidad. Infestado de la paranoia anti-comunista de la época, que veía conspiraciones por todas partes y de la suya propia, Díaz Ordaz se dedicó a aplastar, con toda la fuerza del Estado, a quien consideraba su enemigo. Y para mala fortuna de los jóvenes, ellos llenaban el perfil mental que el poblano había hecho del criminal comunista que buscaba derrocarlo. Es decir, Díaz Ordaz y todo su gabinete no vieron en los estudiantes a adversarios alimentados por la efervescencia juvenil de la época sino a enemigos dispuestos a todo. Con los adversarios dialogas; a los enemigos los aniquilas. Así de sencillo. De esta manera durante 1968, además del contexto de *guerra fría*, en México se

---

lanzaron aproximadamente 7,5 millones de toneladas de bombas en Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos y Camboya, y unas 400 mil toneladas de napalm, agente naranja y otras sustancias químicas. El poderoso ejército estadounidense no pudo, sin embargo, derrotar a la efectiva y tenaz guerrilla norvietnamita. Asimismo, las imágenes apocalípticas que empezaron a circular por todo el mundo (la de Vietnam fue la primera guerra importante televisada y documentada a través de los medios), como las de la masacre de My Lai (perpetrada el 16 de marzo de 1968 en la región de Son My, Vietnam del Sur, por una unidad del Ejército estadounidense supuestamente en búsqueda de *vietcongs*, como se conoció a los combatientes de Vietnam del Norte, en la que fueron cruelmente asesinados aproximadamente 500 civiles) o de niños quemados con napalm conmocionaron a la sociedad estadounidense y desenmascararon la mentira de Washington de librar una guerra por la libertad y la democracia. Las revelaciones de los asesinatos, torturas y masacres como tácticas tan ilegales como usuales para destruir al *Vietcong*; los testimonios de los propios veteranos del Ejército estadounidense respecto a estos crímenes; así como el elevado número de soldados muertos, heridos y con severos traumas psicológicos desataron fuertes protestas entre diversos sectores de la sociedad estadounidense. Al final y contra todo pronóstico, los Estados Unidos sufrieron la peor derrota de su historia y en 1973 tuvieron que firmar la paz para dar paso a la unificación de Vietnam bajo la batuta de Vietnam del Norte unos años después. La más dolorosa derrota, empero, fue la de haber provocado la pérdida de toda una generación de sus propios jóvenes pues quienes regresaron con vida a los Estados Unidos lo hicieron con daños físicos y emocionales irreversibles.

4 El investigador Sergio Aguayo indica que de 1963 a 1968 hubo al menos 53 revueltas estudiantiles en todo el país. Sergio Aguayo, *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*, p. 78. Entre estas manifestaciones destacan las de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, Michoacán, en 1966; y un año después la de la Universidad de Sonora contra la imposición de Faustino Félix Serna como candidato del oficialismo a la gubernatura del estado. En los dos operativos destacó la presencia del General José Hernández Tolero, figura clave también en la masacre del 2 de octubre de 1968.

5 La pelea se dio entre alumnos de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y la Preparatoria Isaac Ochoterena (escuela privada incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México). En vez de separar a las dos partes y restablecer el orden pacíficamente, la policía y el Cuerpo de Granaderos arremetieron contra los jóvenes y contra todo aquel que se cruzó en su camino. El Cuerpo de Granaderos fue creado en 1938 como una policía antidisturbios y antimotines especializada en el control de multitudes. Desde entonces protagonizaron diversos actos de represión contra civiles, haciendo un uso excesivo de la fuerza y violentando el marco legal con total impunidad.

6 La inauguración estaba programada para el 12 de octubre. La prensa especializada y muchos atletas ya estaban en la Ciudad de México, estos últimos para acostumbrarse a la altura. Los Juegos Olímpicos de 1968, paradójicamente llamados ‘los Juegos de la Paz’ iban a celebrarse por primera vez en un país del llamado Tercer Mundo. México había sido el elegido por la estabilidad social que se apreciaba desde el exterior, en contraste con una convulsa América Latina.

conjuntaron dos hechos muy desafortunados: por un lado, la animadversión personal que Díaz Ordaz sentía hacia los jóvenes[7], aderezada por un genuino anti-comunismo; y, por otro, un Estado profundamente autoritario pero altamente legitimado expresado en el Partido Revolucionario Institucional y sus aliados.[8]

A pesar de que los miembros del Consejo Nacional de Huelga[9] ligados al Partido Comunista Mexicano o a alguna otra asociación de la misma ideología eran minoría, el Estado mexicano, personificado en la figura de Díaz Ordaz, estaba convencido de que, a través de los estudiantes, la amenaza *roja*[10] se cernía sobre el país y que su deber era salvarlo. En la puesta en escena intervinieron desde el secretario Gobernación, Luis Echeverría; el titular de la Secretaría de la Defensa Nacional, General Marcelino García Barragán; el jefe del Estado Mayor Presidencial, General Luis Gutiérrez Oropeza); el Procurador Julio Sánchez Vargas y el director de la Dirección Federal de Seguridad, capitán Fernando Gutiérrez Barrios, hasta el encargado del entonces Departamento del Distrito Federal[11] y los responsables de otras instituciones del Estado.[12]

---

7 Gustavo Díaz Ordaz compensaba un físico que lo acomplejaba hondamente (delgado, de estatura más bien baja, desgarbado, de prominente dentadura y ojos pequeños escondidos detrás de gruesas gafas que disminuían aún más su tamaño) engrosando la voz y actuando con severidad ante propios y extraños. Sus propios hijos debían hablarle de 'usted' y saludarlo de beso en la mano. Su rechazo a los jóvenes, quienes para él representaban el desenfreno y el libertinaje que tanto detestaba, se dio desde su época como vicerrector de la Universidad de Puebla, donde protagonizó varios encontronazos con la comunidad estudiantil.

8 En México había estabilidad, que NO paz social, justamente por los altos índices de aprobación de los que gozaban los gobiernos postrevolucionarios. Si bien en los sesenta (y antes) las expresiones de descontento se habían agudizado, en términos generales la sociedad aplaudía los resultados alcanzados hasta ese momento: la deuda externa era prácticamente inexistente; la clase media había crecido exponencialmente; el proceso de urbanización iba viento en popa; la matrícula educativa se amplió significativamente; se había construido una infraestructura de seguridad social funcional y el campo estaba produciendo más que nunca. Un dato interesante: después de Lázaro Cárdenas, el presidente que más tierra repartió fue Gustavo Díaz Ordaz. A los ojos de los presidentes en turno y del partido de Estado, no había lugar para la inconformidad. Las protestas eran mínimamente toleradas y cuando sobrepasaban los límites informalmente establecidos, eran tratadas con la máxima severidad: desde hostigamiento en varios niveles hasta golpizas, encarcelamiento y, desde luego, desapariciones y asesinatos.

9 El Consejo Nacional de Huelga, creado el 2 de agosto, fue el órgano de representación de las 70 instituciones educativas que se unieron a la huelga declarada desde el 24 de julio como respuesta a la violenta reacción del Estado mexicano contra los estudiantes, cuya máxima expresión fue el *bazucazo* a la puerta barroca de la Escuela Nacional Preparatoria No. 1 (San Ildefonso) la madrugada del 31 de julio. En los hechos, fue una violación flagrante a la autonomía universitaria. Al día siguiente el entonces rector Ing. Javier Barros Sierra encabezó una marcha de protesta de la comunidad universitaria que partió de Ciudad Universitaria y llegó hasta Avenida Félix Cuevas, donde tanquetas del Ejército los estaban esperando. Para evitar la confrontación, Barros Sierra decidió regresar al punto de partida, a pesar de la petición de los jóvenes de llegar hasta el Zócalo. Sin proponérselo, Barros Sierra fue la némesis de Díaz Ordaz pues representaba todo lo que el poblano anhelaba: tenía carisma, popularidad, talento político, porte y una holgada posición económica. Había coincidido con Díaz Ordaz en el gabinete de Adolfo López Mateos (1958-1964) cuando éste era secretario de Gobernación y Barros Sierra, de Comunicaciones y Obras Públicas. Su participación en la marcha del 1 de agosto dio a Díaz Ordaz el pretexto perfecto para sacar a flote el odio acumulado durante años de silenciosa envidia. La guerra sucia para desacreditar a Barros Sierra se echó a andar.

10 El color rojo se ha asociado a las posturas de izquierdas desde la época de la Revolución francesa (1789-1799) pero sobre todo a partir de la instauración de la llamada Comuna de París (18 al 28 de marzo de 1871), es decir, el primer gobierno obrero que se instaló en el mundo y que eligió el color rojo para su bandera, como símbolo de la resistencia y la rebeldía. En el siglo XX, los Estados socialistas como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), China y la Alemania Democrática también eligieron el rojo en el diseño de sus lábaros patrios. De ahí que a quienes profesan ideologías socialistas o comunistas se les denominé *rojos*.

11 El ejecutivo del gobierno capitalino operaba con el título de regente. En 1968 ocupaba el cargo un militar: el General Alfonso Corona del Rosal.

12 El aniquilamiento del enemigo estudiantil debía ser definitivo. Por tanto, había que emplear todas las herramientas legales... pero también ilegales que fueran necesarias. En esto intervendría una figura clave proveniente de las filas del Ejército mexicano: el teniente coronel Manuel Díaz Escobar, el *zorro plateado*. En 1968, Díaz Escobar era subdirector de Servicios Generales del Departamento del Distrito Federal, desde donde formaría el Equipo Zorros, cuyos miembros serían parte del grupo de francotiradores que disparó contra los manifestantes en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre.

En un primer momento el presidente presentó un discurso aparentemente conciliador, tan falso como su sonrisa, pero cuando los estudiantes publicaron su pliego petitorio,[13] para Díaz Ordaz, cuya paranoia alimentó perversamente su secretario de Gobernación, las sospechas quedaron confirmadas: los jóvenes estaban infectados por el comunismo y seguramente eran parte de un plan macabro para derrocar al presidente y destruir al país. La osadía juvenil de apropiarse de las principales avenidas y plazas de la capital mexicana para expresarse ante la Nación entera fueron más allá de lo que el sistema estaba dispuesto a aceptar.[14] Las marchas del 13 y del 27 de agosto fueron las gotas que derramaron el vaso. La tolerancia de Díaz Ordaz, mínima pero hasta entonces suficiente para evitar que se desbordara la represión, quedó rebasada. En la manifestación del 27, la llamada *marcha de las antorchas*, los estudiantes sobrepasaron todos los límites. No sólo se atrevían a tomar las calles, a ocupar las plazas públicas reservadas a las expresiones corporativistas de apoyo al mandatario en turno; el 27 de agosto se burlaron del presidente, ridiculizaron su físico, se mofaron de su esposa, del Ejército y de los granaderos, gritaron sus insultos justo debajo del balcón de Palacio Nacional. Exigieron, además, un diálogo público con el titular del Ejecutivo federal, es decir, nada más y nada menos que el mismísimo Díaz Ordaz, tuviera lugar la mañana del 1 de septiembre a las 10:00 horas, frente a toda la Nación. Esto era una provocación, una falta de respeto mayúscula que el presidente no iba a soportar.[15]

---

13 El pliego petitorio fue publicado el 8 de agosto y consistió en 6 puntos: 1. Libertad a los presos políticos. 2. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, relativos al delito de disolución social. 3. Indemnización a los familiares de los muertos y heridos desde el inicio del conflicto, víctimas de la represión policiaca y de otras fuerzas y mecanismos de seguridad. 4. Desaparición del cuerpo de granaderos. 5. Deslinde de responsabilidades por parte de los funcionarios públicos y autoridades por los actos de represión de la policía, los granaderos y el Ejército. 6. Destitución de los generales Raúl Mendiolea Cerecero y Luis Cueto Ramírez –jefe y sub jefe de la policía del Distrito Federal—, y el Teniente Armando Frías –Comandante en Jefe del Cuerpo de Granaderos. La lista de los presos políticos estaba encabezada por los líderes ferrocarrileros Demetrio Vallejo y Valentín Campa, en prisión desde 1959, acusados precisamente del delito de disolución social, que servía para encarcelar a disidentes políticos a discreción. A la exigencia de liberarlos, Díaz Ordaz dio respuesta en su IV Informe de Gobierno (1 de septiembre de 1968): "No admito que existan 'presos políticos'. 'Preso político' es quien está privado de su libertad exclusivamente por sus ideas políticas, sin haber cometido delito alguno. No obstante, si se me hace saber el nombre de alguien que esté preso sin proceso judicial en el que se hayan cumplido o se estén cumpliendo las formalidades esenciales del procedimiento, acusados de ideas, no de actos ejecutados, se girarán las órdenes de inmediata e incondicional libertad". Gustavo Díaz Ordaz, *Cuarto Informe de Gobierno*, México, consultado en línea el 06 de junio de 2023, URL : https://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-13.pdf. Vallejo y Campa fueron liberados hasta el siguiente sexenio. Estuvieron en prisión más de diez años. Como ellos, decenas de presos políticos llenaban las cárceles de México. Díaz Ordaz negaba una realidad: la sumisión del Poder Judicial a los caprichos y fobias del ejecutivo en turno.

14 Las marchas del 13 y sobre todo, la del 27 de agosto prendieron las alarmas en Los Pinos. La del 13, que partió del Casco de Santo Tomás y culminó en el Zócalo, tuvo una asistencia de aproximadamente 150 mil personas, algo inédito hasta entonces de México. La del 27 de agosto, que salió del Museo Nacional de Antropología e Historia hacia el Zócalo, convocó al doble de personas: 300 mil, en una ciudad que por entonces contaba con 6 y medio millones de habitantes. Nunca antes se había visto una marcha no oficialista tan nutrida.

15 Ciertamente, la idea del diálogo público con el presidente justo el día de su lucimiento personal frente al país entero era un disparate de cabo a rabo, hay que decirlo. Poco necesitaba Díaz Ordaz para que le prendieran la mecha. Y el 27 de agosto lo hicieron. El día del Informe era el día del lucimiento personal por definición del presidente, cuando políticos, empresarios, artistas, líderes religiosos, la *crème de la crème* de la oligarquía mexicana, acudían a Palacio Nacional después de la lectura del documento en la Cámara de Diputados, para el famoso ritual del besa-manos. En rigurosa fila, todas y todos llenaban de elogios al prócer y alababan su visión de estadista. El diálogo público era ya una insensatez, dada la cerrazón del sistema y la personalidad de Díaz Ordaz. Pero la fecha y hora eran la cereza del pastel. Ambas fueron propuestas hechas por el politécnico Sócrates Amado Campos Lemus en la manifestación del 27 de agosto. Los líderes que lo acompañaban en el templete y que escucharon lo que decía el joven estudiante de Economía se quedaron perplejos pero no pudieron detener la efervescencia que despertó entre los manifestantes. Ninguno se atrevió a contradecirlo; muchos intuyeron de inmediato que el gobierno tomaría eso como un pretexto para radicalizar su cerrazón, lo que finalmente ocurrió. Tiempo después, otros dirigentes estudiantiles, entre ellos Gilberto Guevara Niebla, acusaron a Campos Lemus de ser un infiltrado dentro del movimiento, un agente de la Dirección Federal de Seguridad (policía política fundada en 1947 por el presidente Miguel Alemán Valdés) e incluso de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés). Campos Lemus lo negó hasta su muerte, ocurrida en 2021. Lo cierto es que Campos Lemus, uno de los líderes más radicales, actuó en todo momento con una actitud sospechosamente provocadora. Durante el sexenio de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) ocupó una serie de cargos oficiales que fortalecieron la creencia de que fue parte de la estrategia del Estado para aniquilar al movimiento de 1968.

No. La actitud conciliatoria había sido malinterpretada por los jóvenes. Había llegado el momento de ponerle fin.

El repliegue ante la amenaza

La represión desatada después de la manifestación del 27 de agosto demostró a los estudiantes que la libertad de expresión que habían ganado en las calles del centro del país había sido una ilusión de apenas unas pocas semanas. Muy pronto probaron el poder, la fuerza, la contundencia autoritaria de un sistema y de un presidente especialmente autoritario. El mismo Díaz Ordaz anunció lo que se venía en su Cuarto Informe de Gobierno:

> "... hemos sido tolerantes hasta excesos criticados; pero todo tiene su límite y no podemos permitir ya que se siga quebrantando irremisiblemente el orden jurídico (…) En la alternativa de escoger entre el respeto a los principios esenciales en que sustenta toda nuestra organización política, económica y social (…) y las conveniencias transitorias de aparecer personalmente accesible y generoso, la decisión no admite duda alguna y está tomada: defenderé los principios y arrostro las consecuencias (…) sé que tendré que enfrentarme a quienes tienen una gran capacidad de propaganda, de difusión, de falsía, de injuria, de perversidad. Sé que, en cambio, millones de compatriotas están decididamente en favor del orden y en contra de la anarquía (…). No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber, lo haremos, hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos".[16]

Los estudiantes entendieron el mensaje. Las detenciones y golpizas se habían multiplicado desde el 28 de agosto, cuando el Ejército desalojó con lujo de violencia a los estudiantes que habían decidido permanecer en la Plaza del Zócalo, en espera de que Díaz Ordaz en persona saliera de Palacio Nacional para reunirse con ellos la mañana del 1 de septiembre para iniciar el diálogo frente a la Nación. Los hechos represivos se sucedieron en cascada.

Los estudiantes decidieron mostrar, entonces, una cara más moderada en una nueva manifestación el 13 de septiembre. Durante la llamada *manifestación del silencio*, no hubo gritos ni insultos. Ni una consigna siquiera. Las mantas expresaron lo que los estudiantes, con la boca cubierta por una cruz de tela adhesiva blanca, callaron.

El intento por mostrar la cara moderada del movimiento fue estéril. Cinco días después, el Ejército ocupó Ciudad Universitaria. Mil quinientas personas fueron arrestadas sin resistencia. En los días siguientes el resto de los planteles que se habían unido a la huelga sufrieron la misma suerte.[17] De paso, las plumas al servicio del régimen culparon a coro al rector Barros Sierra de la efervescencia estudiantil. El ingeniero presentó su renuncia ante la Junta de Gobierno el 23 de septiembre. Tanto

16 Gustavo Díaz Ordaz, *ibid*.

17 Los estudiantes politécnicos no entregaron las instalaciones en huelga sin pelear. Durante por lo menos doce horas enfrentaron tenazmente a los soldados que finalmente ingresaron al Casco de Santo Tomás el 24 de septiembre. Zacatenco y la Vocacional 7 también serían ocupados por los militares, con la misma feroz resistencia..

este organismo como el grueso de estudiantes, tanto de la UNAM como del IPN, no aceptaron la decisión de Barros Sierra.

Es pertinente mencionar que en todos los eventos de 'recuperación' de instalaciones se observó la presencia de individuos vestidos de civil, algunos con el inconfundible aspecto militar, que portaban un distintivo guante o pañuelo blanco en la mano izquierda. Se trataba del *Batallón Olimpia*, que el gobierno federal había creado para garantizar la seguridad de las delegaciones durante las justas deportivas. Su entrada en escena no fue, empero, en la Villa Olímpica para cuidar atletas sino en las escuelas y facultades en huelga y para golpear y detener estudiantes.

El 2 de octubre

El pánico se apoderó de la comunidad estudiantil movilizada. La asistencia a los mítines, organizados de manera improvisada en distintos puntos de la ciudad dado que la Ciudad Universitaria y las instalaciones del IPN seguían ocupadas.[18] Se habían emitido órdenes de aprehensión contra los líderes identificados del CNH que aún no habían sido detenidos. La incertidumbre y el miedo eran la norma.

En este contexto, se propuso una nueva concentración para el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, donde ya había tenido lugar un mitin el 27 de septiembre. No hay certeza sobre quién o quiénes propusieron que la movilización fuera en este histórico sitio. Fue una mala decisión porque, aunque en dimensiones es incluso más grande que la plancha del Zócalo, se trata de un espacio muy compartimentado por los edificios públicos (ahí se ubicaba la Secretaría de Relaciones Exteriores), los de la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, el sitio arqueológico que le da nombre al barrio y la iglesia colonial. Es una especie de laberinto de grandes dimensiones, el lugar ideal para implementar la *Operación Galeana*, como se denominó al operativo contra los estudiantes comandado por el General Crisóforo Mazón Pineda. Sin informar a la Secretaría de la Defensa Nacional, francotiradores del Estado Mayor Presidencial y del Equipo Zorros, de Manuel Díaz Escobar, se habían colocado estratégicamente en diversos puntos altos rodeando la Plaza.[19]

Con la asistencia de entre 8 mil y 10 mil personas, el mitin inició la tarde el 2 de octubre casi a las 18:00 horas. Un helicóptero sobrevolaba la plaza. El pleno del CNH se ubicó en el tercer piso del Edificio Chihuahua, cuyo balcón da de frente a la Plaza. La zona estaba acordonada por el Ejército desde días antes. Unos minutos después de que los oradores empezaran su discurso, el general José Hernández Toledo, al frente del Primer Batallón de Fusileros Paracaidistas del Ejército mexicano, ingresaba en la Plaza para ordenar la disolución del mitin.[20] Unos instantes después por lo menos dos series de luces de bengala fueron disparadas desde distintos puntos: el piso superior de Relaciones Exteriores y probablemente el helicóptero. Eran la señal para iniciar la balacera.

Lo que siguió después fue un *pandemónium* que duraría hasta pasadas las 23:00 horas y del que aún quedan muchos puntos oscuros, como el número real de víctimas fatales. Se trata de uno de los episodios más sangrientos, dolorosos y vergonzantes en la historia del país, la herida nunca sanada,

---

18 El 27 de septiembre el Ejército recibió la orden de desocupar Ciudad Universitaria, lo que hizo tres días después, el 30 del mismo mes. Los militares permanecieron en las instalaciones politécnicas hasta octubre.

19 Véase Nota 12.

20 Hernández Toledo había participado en otros operativos de contención y represión de movilizaciones estudiantiles. Véase Nota 4.

la afrenta jamás resarcida, el recuerdo amargo de jóvenes que, entre gritos y alegría, intentaron cambiar un sistema que en vez de escucharlos, se volvió contra ellos con toda la furia de la que era capaz.

El resto del mundo observó impávido lo ocurrido, en parte por la falta de información, en parte porque el discurso anti-comunista había permeado duro las conciencias y la razón de buena parte de la sociedad occidental. Los *rojos* merecían lo que les pasaba y más. Por su parte, el Comité Olímpico Internacional, antes dubitativo sobre la viabilidad de los Juegos de la Paz, fue convencido por el gobierno mexicano de que la situación estaba totalmente bajo control. El evento se inauguró, como estaba planeado, el 12 de octubre en el Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria.

Los Estados Unidos respiraron tranquilos. No hubo necesidad de inmiscuirse en el conflicto más de la cuenta. Sobre el intervencionismo de Washington en el conflicto con los estudiantes mucho se ha especulado. Se ha dicho incluso que Gutiérrez Barrios, Echeverría y el mismo presidente Díaz Ordaz eran colaboradores de la CIA, labor por la cual recibían dinero. A mi juicio, no se tienen elementos para afirmarlo categóricamente. Como sea, el anti-comunismo de los mandatarios mexicanos desde el periodo de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) le ahorró muchos dolores de cabeza al gobierno estadounidense que, a diferencia de lo ocurrido en otras partes de América Latina durante el periodo, no tuvo que mover más que algunos hilos que alimentaran la paranoia política de Díaz Ordaz.

Luces y sombras

Las consecuencias del 2 de octubre fueron catastróficas para los jóvenes pero también para el sistema. La masacre de Tlatelolco marcó el inicio de la ruptura entre los gobiernos postrevolucionarios y la sociedad mexicana. A partir de entonces, el cheque en blanco que amplios sectores habían otorgado al partido de Estado se fue triturando irremediablemente. Tres años después, la ruptura sería total cuando un nuevo hecho de sangre vistió de luto, una vez más, a muchas familias mexicanas: el llamado *Halconazo* del 10 de junio de 1971, jueves de *Corpus*.[21] Para muchos jóvenes este último hecho fue la prueba definitiva de que al sistema había que enfrentarlo con el único lenguaje que conocía: el de las balas. Dio inicio el periodo conocido como *guerra sucia*, cuando el Estado mexicano reafirmó su vocación asesina.

En contraste, no pudo destruir el legado que los estudiantes *sesentayocheros* dejaron a México:

- La apropiación de las calles como espacios de expresión popular. Aunque después del movimiento estudiantil se restringió el uso de las plazas públicas y calles para tal fin, a la postre las autoridades no pudieron revertir lo ganado por los estudiantes y las organizaciones volvieron a salir una y otra vez.

21 Proporcionalmente el *Halconazo* fue incluso más brutal que lo hecho por el gobierno de Díaz Ordaz contra los estudiantes en 1968 pues ese año, las movilizaciones trajeron en jaque al sistema durante más de dos meses. En cambio, en 1971 los jóvenes, en un intento por recuperar las calles para la expresión social, se reagruparon para hacerse escuchar tan sólo un día, unas horas. La criminal respuesta del gobierno de Echeverría se dio a través de un grupo paramilitar emanado de los sótanos del Departamento del Distrito Federal y que venían operando, con otro nombre, desde 1968: *Los Halcones* (antes *Equipo Zorros*), los muchachos de Manuel Díaz Escobar, quienes, al no ser militares de carrera y mucho menos de élite como los del *Batallón Olimpia*, intentaron confundir a la opinión pública con su aspecto totalmente estudiantil. La idea era no manchar a la policía y menos aún al Ejército, cuya imagen había quedado muy deteriorada con lo ocurrido en Tlatelolco, por lo que había que dar la impresión de que lo ocurrido el 10 de junio era una confrontación entre los mismos estudiantes. Como en el 68, se desconoce el número total de muertos.

- La creatividad y espontaneidad que los jóvenes imprimieron al movimiento, que desafiaron no sólo el acartonado estilo de la clase política sino que desmoronaron la imagen intocable de los presidentes.

- Lo novedoso del discurso, que se expresó básicamente de tres formas: el de las asambleas del CNH, muy rebuscado y profundo; el de los volantes impresos en mimeógrafo, bastante elemental; y el del lenguaje callejero de las pintas en camiones, bardas y paredes.

Sí, 2 de octubre no se olvida, no debe olvidarse...